

*Taula*  
(UIB)      núm. 13-14      1990

## METAFÍSICA PERENNIS

### Un escrito con y contra Heidegger

Julia Manzano

Querencia humana es o parece ser el abrirse a todo lo que hay, querer saber qué es lo que tenemos delante; llámese naturaleza, cosa o el ser mismo.

Cómo se constituye la realidad, a qué principios obedece o cómo damos razón de ella, qué sea esa llamada realidad y cómo entramos en contacto con ella, son los grandes temas del pensamiento, los asuntos que dan que pensar. La tarea del pensar nos apremia, y para pensar es necesario preguntar ya que preguntar es querer saber.

Ayer, hoy y siempre los hombres se han preguntado acerca de lo que hay. ¿Qué es? tí estin; se preguntaban los griegos. Y al preguntar de esta manera pretendían establecer una distancia con respecto al modo cotidiano y común de preguntar. Esa toma de distancia es lo que andando

el tiempo vino a llamarse "teoría" y significó un querer tener acceso a todo lo que hay desde la perspectiva de lo universal. Así nace la filosofía entendida como episteme, como conocimiento deducible de unos primeros principios o premisas, ciencia del "ser en tanto que ser", filosofía primera o metafísica.

Se ha especulado mucho en los últimos tiempos acerca de la muerte de la filosofía primera y yo quisiera romper una lanza a favor del viejo y temerario aserto de la filosofía *perennis*. Cuando murió Heidegger se dijo que con él había muerto "el último filósofo" y lo mismo se repitió en círculos filosóficos españoles con la pérdida de Zubiri. Con él se creyó enterrar también a la metafísica. Pero Eugenio Triás, en tierras hispanas tomó el relevo de la antorcha de la pregunta por el ser y su ya larga y madura aventura intelectual, aventura *in fieri*, en plena producción, así nos lo muestra.

El ser para Triás es el *límite*, y el lugar de la pregunta por el ser también es el *límite* o la frontera. Este concepto tiene su origen en un diálogo con la tradición, repensando y recreando la tradición. Su "metafísica del límite" es un balance sobre el espacio que abre la filosofía desde la modernidad hasta hoy y una interrogación acerca de sus posibilidades en el tiempo presente.

Habría dos términos claves para entender la modernidad: método, como trazado o itinerario de acceso al ser y crisis o crítica. A partir de estos dos conceptos el *límite* se le impone a partir de cuatro filosofías poderosas: la kantiana, que abordó los límites críticos de la razón y la imposibilidad de traspasarlos, la hegeliana que los disuelve y Heidegger y Wittgenstein que chocan contra el límite. Para Triás el límite se amplía a todo; límite del ser y del conocer, límite del sentido. La metafísica hoy sería el conjunto de las cuestiones que se dan en el límite de nuestras posibilidades de conocer. El meta de la metafísica es el lugar mismo del límite; el lugar de la razón crítica que es el límite, no está más allá, no es un afuera. La nueva metafísica de Triás propone pensar el límite como espacio hermenéutico.

La consciencia hermenéutica ya estaba implícita en el Heidegger de *Ser y tiempo* con su noción de mundo como ámbito del ser-ahí.

Tirando del ovillo de Ariadna, desenvolviéndolo, vamos viendo cómo la cadena de interrogantes radicales de la metafísica, los eternos interrogantes y sus respuestas tentativas, van desgranándose en el tiempo de la filosofía. Y es necesario tenerlos presentes para abordar el tema que hoy nos ocupa, el tema que en el presente texto nos da que pensar: Heidegger y su relación con la metafísica. Y creo que hay que ser cauteloso al tratarlo ya que es ambiguo al respecto.

Heidegger, el filósofo del ser, pretende ser, a la vez, el destructor de la metafísica. Para liberar el horizonte del sentido del ser hay que emprender la tarea solidaria de la destrucción de la historia de la

ontología. La tarea surge de la necesidad, ya que la comprensión que nos precede impide el acceso al ser mismo. Para llevarla a cabo realiza un doble movimiento; por una parte desvalorizador o destructor y por otra constructivo y superador.

Sale al encuentro de la metafísica a través de la categoría nietzscheana de nihilismo, profundizando en ella y en diálogo con el titán Nietzsche con el que se debatió durante diez largos años. De las lecciones que dió a sus alumnos de Friburgo nos quedan dos tomos, a los que tituló simplemente *Nietzsche*, interpretación-recreación del maestro del nihilismo, considerada hoy ya como clásica.

¿Qué entiende *Nietzsche* por nihilismo?. En sus textos aparece el término en una pluralidad de acepciones, se abre a su polisemia. Desde esa multiplicidad llega a un único sentido: negación de la vida. Y a ello colaboran todas aquellas fuerzas decadentes, faltas de voluntad de poder, que hacen que la vida sea despreciada, empobrecida, calumniada.

En la reflexión nietzscheana aparecen con frecuencia series de identificaciones forzadas, a veces reduccionistas. Esa es la operación que hace al hablar del nihilismo, al cual identifica con el platonismo y con toda la filosofía a partir de Platón, (entendida como idealismo o metafísica), igual a cristianismo ("platonismo para el pueblo"). En ellos ve una triple y la misma negación: de la vida, de la tierra y de los goces del cuerpo.

La pretensión de Nietzsche es la de ser el enterrador de la metafísica, no quiere oír hablar de ningún meta. El maestro de la sospecha atrona nuestros oídos con su grito alertador: "¡Desconfiad de aquél que busca la razón de su felicidad detrás de las estrellas!", dice una y otra vez Zaratustra. La tarea que se plantea es la de destruir, socavar y exonerar los prejuicios de los filósofos contra la vida. Él, el profeta y el libertador, pretende librarnos de los dos mil años de pensamiento occidental, la larga historia de un error.

Heidegger en su interpretación de la frase de Nietzsche: ¡Dios ha muerto! nos dice que no sólo es una frase del ateo pensador, sino que resume dos milenios de la historia de occidente. No se refiere sólo a la crisis del dios cristiano, sino que el nombre de dios viene a significar el dominio de lo suprasensible. Muerto dios tal domino queda tachado, carece de fuerza operante. Pero el nihilismo no se refiere a un momento concreto de la historia, sino que es la legalidad, la propia lógica interna de la decadencia, la lucha contra los instintos y la vida que llevaron a cabo los filósofos, los hombres teóricos.

También Heidegger considera que la trayectoria de la filosofía occidental es la larga historia de un error, pero por razones diferentes. Su lamento, reiterado obsesivamente a lo largo de toda su obra es que a pesar de que el pensamiento se planteó la pregunta por el ser, éste continuamente cayó en olvido y fue sustituido en todos los casos por el ente.

El enunciado de la pregunta filosófica fundamental ya vimos que se formulaba así: "¿Qué es el ser?". Esta interrogación es la forma más desarrollada de esta otra: "¿Qué es lo que tenemos *en cada caso* delante?". Con lo cual hemos reducido el ámbito del preguntar, del ser a un ente determinado.

Este error, que acompaña a toda la historia de la metafísica, no lo considera Heidegger como un problema de este o de aquel *Dasein* concreto, este o aquel sistema de pensamiento, sino que es un hecho que incumbe al propio ser, es un destino, que el hombre no puede dejar de cumplir. La metafísica como "olvido del ser" determina el modo como estamos existencialmente constituidos, ya que no somos otra cosa que proyecto, proyecto de apertura al ser. La metafísica no indica una esfera particular de la reflexión, sino la denominación del lugar y el dominio propio de la filosofía. Situar en ese lugar nos compromete a penetrar en ella, ya que el "filosofar" nos concierne, nos toca como hombres en nuestro ser. El filósofo ha de ser requerido, ha de tener un temple de ánimo que le obligue a estar dispuesto a prestar atención a la llamada del ser. Pero ¿cuál es la respuesta a tal llamada?, ¿cómo responder a la cuestión?, ¿qué pasa con el ser?. Abandono, relegación, olvido. La metafísica es la historia del ser y nuestra historia. Pero el destino del ser es la errancia (*Irrnis*) ya que al ser Heidegger lo piensa como *alétheia* (iluminación y ocultación a la vez). El ser juega al escondite con el filósofo, o al menos así parece querer decirnos, quizás poniéndose a la escucha de lo que en un tiempo originario Heráclito "el oscuro" nos dijo acerca de la *physis*, "que gusta de ocultarse".

## LA VUELTA A LO NO-PENSADO POR LA METAFÍSICA

### La contemporaneidad de lo originario

Heidegger se encuentra con la tarea, preparada por su propia reflexión, de tener que repensar la historia de la metafísica para pensar lo impensado en ella, lo olvidado, el ser mismo. Para ello cree necesario volver a plantearse la pregunta originaria: "¿Qué pasa con el ser?", propone repetir el origen de nuestra historia, recomenzarla originariamente, con todo lo que de extraño, oscuro e inseguro tiene un verdadero comienzo. Esa pregunta permitirá que la existencia histórica tenga un suelo firme.

Me detendré en la idea de repetición. Heidegger la entiende como un volver a los textos clásicos para indagar en lo no-pensado, que se exhibe, no obstante, como disponibilidad y apertura. Interpretar un texto es penetrar en sus intersticios, ingresar y demorar en su interior, hasta llegar a lo no-dicho.

Hay una diferencia importante entre la *interpretación* heideggeriana y la *refutación* hegeliana. La refutación ha de hacerse también desde

el interior mismo del texto interpretado con la intención de desarrollar la verdad latente, aunque parcial, que sus palabras encierran. Refutación (*Aufhebung*) es conservación y superación. Es el trayecto del itinerario de la consciencia que va experimentando el progresivo revelarse de la verdad, hasta llegar a lo absoluto.

Heidegger propone dos procedimientos para ir a lo no-pensado por la metafísica, pero en ninguno de ellos el ser se resuelve en el saber absoluto hegeliano. El ensayo consiste en un nuevo modo de pensar no metafísico, pero ello entraña una dificultad metodológica de principio ya que sólo disponemos de un pensar representativo, por medio de los conceptos de la metafísica, conceptos nacidos en el seno de una determinada forma histórica de pensar, luego no son originarios. Hay un pensar que es anterior o fuera de la metafísica. Este es nombrado como "salto" y "paso atrás". Este pensar piensa lo olvidado en la historia del ser, lo que está presente "en el modo de la ausencia". Mediante el paso atrás se retrocede hacia el origen y mediante el salto se avanza más allá del ser. Ambos piensan lo impensado, la forma bajo la cual se hacen presentes hoy ser y hombre.

Estos dos movimientos sitúan a la metafísica en el medio, en un tiempo más originario, que no es un tiempo anterior que precediera nuestra historia, sino el tiempo que está ahí, pero que sólo nos resulta conocido de modo extrañado. No se trata de invertir a Hegel, de ir a los orígenes del pensamiento porque éste estuviese más próximo al ser, y ver la historia de la metafísica como un progresivo alejamiento de él, no es volver atrás en sentido temporal, sino retroceder en el sentido de tomar distancia para ver la metafísica como historia y así ponerla en movimiento, verla en relación con su de dónde; eso oscuro de lo cual proviene y que constantemente olvida.

Mediante el salto (*Sprung*) propone "saltar" fuera de la representación del hombre como ser racional y fuera del ser, entendido como fundamento. "¿A dónde salta el salto cuando salta desde el fundamento?"<sup>2</sup> —nos advierte Heidegger que se salta a un abismo (*Abgrund*), así sucede en el pensar metafísico. Su propuesta es saltar a dónde estamos ya admitidos, a la constelación hombre y ser. Esa constelación es hoy la era atómica o mundo de la técnica (*Gestell*)<sup>3</sup>, cuyas características son la organización, automatización y funcionalización; el uso, abuso y consumo de la naturaleza para asegurar nuestra posición en el todo actual. Hombre y ser se pertenecen mutuamente de forma extraña, ya que es la técnica la que hace valer (ser) al hombre y al ser. Destruímos los objetos y el hombre mismo se autosacrifica paradójicamente para seguir pensando que él es el amo de la técnica.

Heidegger es ambiguo al tratar el problema de la técnica en todos los textos en que lo aborda. En la *Gestell* se experimenta el juego de la "transpropiación recíproca" de hombre y ser, pero éste es sólo el preludio

del auténtico acontecimiento (*Ereignis*) de la mutua pertenencia de ambos, que ha de ser, según Heidegger un "dejarse-pertenecer" el uno al otro en el ámbito de la "serenidad" (*Gelassenheit*).<sup>4</sup>

¿Qué es la serenidad para con las cosas en la era de la *Gestell*? Un decir sí y poder decir no a los productos técnicos. No es posible rechazarlos del todo, podemos usarlos, servirnos de ellos de forma apropiada, pero también poder desembarazarnos en la medida en que nos requieran de modo exclusivo hasta el punto de que devasten nuestra esencia. La esperanza de Heidegger es que nos adentremos en el futuro acontecimiento, ya que estamos en el umbral, y de esa manera experimentaremos el mundo técnico de un modo más originario, en el que hombre y ser se alcancen el uno al otro en su esencia. Para ello hemos de estar a la espera de la serenidad, desasidos de la voluntad y de todo representar.

El segundo procedimiento propuesto por Heidegger para pensar el ser es el llamado "paso atrás" (*Schritt Zurück*). Es, como "el salto", un pensar fuera, no metafísico. Pero no basta con estar fuera, tenemos que saber dónde estamos. Para ello buscamos en el interior de la metafísica y encontramos onto-teo-logía. Es decir, pensamos el ser desde lo general y comun (onto), o desde el fundamento y lo más elevado (teo) y desde él lo justificamos (lógica). ¿Y quién o quienes son los responsables? El que lo es más directamente es Hegel. Por ello inicia en el texto citado de "La constitución onto-teo-lógica de la metafísica" un diálogo con él, marcando sus diferencias.

El diálogo de Hegel con la historia de la filosofía tiene el citado carácter de la *Aufhebung*, es decir, eleva la verdad puesta de modo absoluto, a la certeza completamente desplegada del saber que se sabe a sí mismo. El carácter constitutivo del ser es la certeza indubitante que el sujeto tiene de ella. El ser se reduce a la representación, que no es el ser, con lo cual queda impensado.

Sin embargo pretende que el "paso atrás" lleva a la esencia de la verdad, que es el ser mismo. El pensar retrocede ante su asunto, toma distancia para contemplar el conjunto de la historia y prepararle el ámbito del que se va a ocupar que es el origen, la fuente del pensar. Hay ser cuando lleva la marca que le ha sido destinada en una época determinada: *physis*, *lógos*, *idea*, *enérgeia*, sustancia, sujeto, voluntad, voluntad de voluntad. En todas estas manifestaciones históricas, desde los presocráticos a Nietzsche, el "es" toma voz pero no habla del ser, sino que lo disuelve. Para que el ser se manifiesta como tal se le ha de dejar en libertad para volver a su propio ser pasado, a lo originario.

Hagamos, pues, con Heidegger, el recorrido por las distintas épocas históricas, repensando los envíos (destinos) del ser. Al final del viaje descubriremos que en la historia del pensamiento de occidente, que es la historia del olvido del ser, el ser se releva como misterio. La superación de la metafísica que desea no puede consistir en que el ser sea,

al fin, objeto de pensamiento explícito. Esto no sería más que la perpetuación de un error.

### Las épocas (*epojés*) del ser y la superación de la Metafísica

Heidegger juega con el doble sentido de la palabra *epojé*. En su primera acepción significa suspensión de juicio, puesta entre paréntesis no solamente de las doctrinas acerca de la realidad, sino de la acción sobre la realidad misma. Su segundo significado es época, en el sentido de época histórica.

El primero lo toma de su maestro Husserl. El empeño de éste era ir "a las cosas mismas", eliminando toda contaminación empirista o antropologizante kantiana (potencias del alma, facultades). Pero según Heidegger su maestro fracasa, su *epojé* sigue siendo intelectualista, ya que sigue considerando a la consciencia trascendental kantiana como el lugar en el que se produce el desvelamiento del sentido; irónicamente la llama "la jaula de la consciencia". Cree que ese lugar es un hecho más radical, el *Dasein*, el ser-en-el-mundo; y es el propio fenómeno el que debe comparecer ante la consciencia sin *epojés* artificiosas y desvelarse como *lógos*. Trías, en uno de sus múltiples debates con Heidegger, cree sin embargo que la *epojé* es el movimiento espontáneo del propio modo de ser del *Dasein*, modo de ser que le recorre por entero, en su comprensión y en su pasión, y no tan sólo de modo intelectual. Este movimiento le permitirá al *Dasein* acceder a sus propias estructuras ontológicas por la vía de la angustia, *pathos* promotor de *lógos*.

Desde Kierkegaard y Freud sabemos la diferencia entre el miedo, que apunta a un objeto, y la angustia que no tiene objeto. ¿De qué se angustia la angustia?. De nada. El *Dasein* no tiene miedo de este o aquel objeto, sino que se siente amenazado por la existencia misma y se hunde en la insignificancia. Des este modo se le revela el fundamento del ente, que aparece bajo la forma de una nada, "velo del ser". El ser está velado, oculto.

La segunda acepción de la *epojé* aparece en "el segundo Heidegger", y ya no la plantea desde la perspectiva del *Dasein*, sino desde el ser mismo. El modo como el propio ser, desde sí mismo se suspende, son las épocas del ser, los modos de presentársenos, los envíos del ser. Porque el ser es temporal se declina, cae, y en cada declinación el ser se extravía, se esconde; hasta que finalmente el ser se ha borrado y ha caído en olvido. Es el autosustraerse último del ser.

Cada época del ser es un destino, se da un lugar. Las *epojés* del ser son el fundamento de la historia. En la metafísica, por lo tanto, habrá una necesidad histórica dominada por el ser mismo, que también es histórico y

epocal. Está destinada a errar a través de los entes para constituir las distintas épocas de la historia del ser. Estas son las siguientes:

Mundo griego, que entiende al ser como simple presencia o constancia. Su etimología procede de *cum* y *sto* que significa el estar erguido. Heidegger la entiende en un doble sentido: el estar-en-sí-erguido, en cuanto es lo que está surgiendo, la *physis*, o en la segunda acepción, el ser como perdurar constante o permanente, la *ousia* de Aristóteles, que también entiende al ser como *enérgeia* o ser en acto y *entelékheia* como plenitud o culminación de un proceso.

Platón entiende el ser como la idea, (eidos del verbo *eidó* que significa ver, mirar, observar, y en voz media hacerse visible). El ser es entendido como el ente visible al intelecto, "con los ojos del alma", por lo tanto también como presencia.

En el medievo eso efectivamente presente es dios, *actualitas*, acto puro.

En la modernidad continúa la trayectoria de la errancia porque el pensamiento metafísico de occidente, a pesar de que su esencia y su destino era pensar el ser, no ha sabido hacerlo. Pero al hombre lo quiere Heidegger y así lo reflexiona como animal metafísico, y si la metafísica forma parte de la propia naturaleza del hombre, estará destinado a seguirse haciendo la pregunta por el ser, a pesar de que seguirá respondiendo inadecuadamente sustituyendo al ser por un ente determinado, por su representación. Y esta representación del verbo, *vor-stellen* que significa literalmente poner delante o poner enfrente, sigue adherida al paradigma griego de pensar el ser como presencia soberana.

Para Descartes (y toda la filosofía moderna) el *ego cogito* está en todas las representaciones. El sujeto es el primer objeto de la representación ontológica; *ego cogito* significa *me cogitare*. El mundo todo es representación y el carácter constitutivo del ser es la certeza indubitable que el sujeto tiene de él.

Más tarde la ontología de la modernidad toma la forma de la filosofía trascendental kantiana, que deviene teoría del conocimiento. Esta doctrina aparece porque la entidad del ente (*entitas*, *ousia*, *Seindheit*), sigue siendo pensada como presencia para este modo de representación que quiere asegurarse de su objeto. Lo entitativo del ente es ahora la objetividad, que se funda en el sujeto con sus *a priori*, elementos formales, condicionantes y regulativos cuya tarea es imponer ley y orden a las impresiones. La cuestión de la objetividad es ahora la de la posibilidad de la presencia del objeto en y para el conocimiento. Dicho de otra manera, verdad y certidumbre, cuya relación había sido puesta en cuestión desde el inicio de la filosofía moderna, en Kant se oponen definitivamente. El ámbito de la verdad, al que tradicionalmente se adjudicaba el lugar del ser, de la realidad exterior al sujeto que piensa, es ahora el lugar de "la cosa en sí" que es incognoscible. Ese polo queda

tachado, sólo nos queda el ámbito de la certidumbre y así la entidad del ente deviene la objetividad implicada en la *perceptio* y la *cogitatio* del sujeto trascendental.

La consecuencia a la que quiere llegar Heidegger, y de ahí su crítica a la filosofía kantiana, es que en ella hay un cambio del sentido del ser, o una ocultación de tal sentido, que se transforma exclusivamente en la cosa representada. Teoría del conocimiento, nos dice, este título cubre la impotencia de la metafísica moderna para conocer y nombrar al ser.

Con Hegel empieza una nueva y decisiva etapa para la historia del pensamiento, a la que denomina etapa del comienzo de la "consumación" de la metafísica. Nietzsche será el segundo momento de esa consumación y a partir de él Heidegger sueña con una tercera etapa en la que podría pensarse en su "superación" (*Überwindung*). En esta etapa ciertos mortales son conducidos por la vía del "habitar pensante y poético".

Su pretensión no es la de la demolición de la metafísica, como se le malinterpretó ya en 1927 con la publicación de *Sein und Zeit*. La *Destruktion* por él propuesta es la de-construcción de las representaciones que habían llegado a ser banales y vacías. Se propone volver al origen de la metafísica, en el sentido de la repetición antes mencionada, para reganar aquellas experiencias o pruebas del ser que siguen estando puestas ahí a disposición para ser pensadas de nuevo. Propone seguirse haciendo la pregunta por el ser. "Preguntar es la devoción del pensar", dice en una bella formulación.

Pero volvamos a Hegel, a la interpretación que hace Heidegger de él. ¿Por qué cree que con él comienza la consumación de la metafísica?, ¿y por qué no constituye ya su final?. Porque es etapa de completitud y acabamiento, principio del fin. El sistema hegeliano es una metafísica de la voluntad, de una voluntad que se quiere espíritu.

Si la crítica de Heidegger a la filosofía griega y medieval era que el ser era simple presencia, y en la modernidad se identificaba al ser con la representación, a partir de Hegel el ser es voluntad. Esta voluntad ya estaba agazapada en el *cogito*. Detrás del *ego cogito* hay un *ego volo* y en Kant el orden de la naturaleza está también subordinada al querer, como es patente en la *Crítica de la razón práctica*. La pura voluntad y su ley son formales. Ella es para ella misma, como forma, su único contenido; no hay conocimiento del ser mismo de ese querer.

Nietzsche es la segunda etapa que prepara la superación de la metafísica. Con él se produce su consumación definitiva o acabado cumplimiento; es decir, la metafísica ha llegado al culmen de las posibilidades que le han sido asignadas. Lo argumenta diciendo que la metafísica de la "voluntad de poder" es un enroscamiento de la voluntad sobre sí. No hay ningún fin que determine a la voluntad fuera de ella misma y que le quitaría poder.

Podríamos entender la voluntad de poder nietzscheana como la entidad del ente, la esencia; es decir, principio interpretativo unitario de la totalidad de lo real. La voluntad de poder es además poder *poiético*, productor, que funda e instituye mundo.

La metafísica de la voluntad de voluntad impide, de nuevo, que la verdad del ser se manifieste. Es la forma suprema de obstrucción del ser, por eso se habla de nihilismo consumado y fin de la metafísica. Este ocaso de la verdad arrastra consigo la devastación de la tierra. Heidegger utiliza metáforas de fin de mundo para describir las consecuencias que se derivan de esta extrema ceguera del hombre en lo relativo al olvido del ser. Este hombre quiere ser el voluntario de la voluntad de voluntad, y no quiere ver que esta voluntad no puede querer más que la nulidad de la nada. Sin embargo, frente a esa nada el hombre empecinadamente se afirma sin poder reconocer su propia nulidad. El hombre de la metafísica consumada sólo es capaz de aceptarse a sí mismo como trabajador<sup>5</sup>, "bestia de labor", lo insulta Heidegger. Es el protagonista del mundo de la técnica, el *technites* de la *Gestell*.

Toda la larga trayectoria de la historia del pensamiento occidental hasta ahora descrita podríamos englobarla bajo el título de la época del "olvido del ser", en la que no sabemos qué pasa con el ser. A esta época sucede otra que es la del "olvido del olvido", en la que ni siquiera sabemos que no lo sabemos. Se produce entonces lo gravísimo (tiempos de penuria, de los que se lamentaba Hölderlin). Es la época aludida varias veces ya con anterioridad, como época de la técnica.

Podríamos establecer la siguiente ecuación general: fin de la metafísica, igual a olvido de la cuestión del ser o nihilismo, igual a mundo de la técnica.

La zona en la que mora el nihilismo es el lugar de la metafísica consumada. ¿Creeremos con Jünger que es posible franquear esta peligrosa zona o más bien aceptaremos la posición de Heidegger de que es necesario aún durante un tiempo demorarse en ella?<sup>6</sup>

Si el nihilismo produce el velamiento del ser se hace necesaria una meditación acerca de su esencia, la cual precede a sus manifestaciones particulares, únicos objetos, si acaso, por los que se interesa el hombre en la actualidad.

Para seguir el consejo heideggeriano de adentrarnos en la esencia del nihilismo intentemos situarlo, hallar su lugar. Las ideas de zona, línea crítica, frontera, meridiano y gozne ofrecen un imaginario extraordinariamente fértil para nuestra reflexión (imaginería militar, me temo).

El punto cero indica la nada vacía. El reino del nihilismo es aquél en que todo se precipita hacia la nada. Pero como meridiano la línea cero posee su zona y el dominio del nihilismo consumado trazaría una frontera entre dos edades del mundo. La línea que los define es la línea crítica y a partir de ella se decidirá si todo termina en el *nihil negativum*, zanja en

que se atrinchera definitivamente el ser velado y negado o este límite es a la vez gozne que abre el pasaje a un nuevo dominio de iluminación del ser.

Si aceptamos como válida la hipótesis jüngeriana de pasar al otro lado, sería necesario que el lenguaje de la metafísica cambiase. Pero al no haber sido así, ya que Heidegger cree que Jünger sigue adherido al paradigma nietzscheano de la voluntad, el propio lenguaje actúa de barrera y nos impide acceder al ser.

¿Pero qué lengua hablar para decir las palabras fundamentales en el momento de atravesar la línea, es decir, la zona crítica del nihilismo consumado?

Heidegger cree que la única manera de pensar la esencia del nihilismo es el camino que nos conduce a interrogarnos sobre el habitáculo del ser. Si éste se piensa desde el lenguaje de la metafísica el pensar se debilita. Pero no basta con cambiar una vieja terminología por otra, ni hay que apresurarse como parecen indicar los tiempos presentes que tienden a buscar resultados rápidos con el ritmo del cálculo y la planificación. Se hace necesaria una mutación, que durante mucho tiempo conducirá aún a esfuerzos desdichados.

El nihilismo, ¿Hay algún término hoy más usado, abusado, desnaturalizado y vituperado o mal utilizado como pabellón y signo del destino de época? Quizás podríamos decir de él lo que se dijo en su tiempo del término existencialismo, que pasó de las aulas de la Academia a ámbitos populares. Del existencialismo se hizo "moda" de época. ¿Sucede hoy lo mismo con el nihilismo?, ¿Vivimos una "moda" nihilista? Basta con ojear las páginas de un periódico o prestar atención a cualquier mensaje (con visos selectos) vomitado por los medios de comunicación, para que el término en cuestión aparezca.

Pero en el sentido filosófico estricto en que lo estamos intentando usar en estas páginas, en el sentido que le dieron sus "primeros padres" Nietzsche y Heidegger, la pregunta que por su propia fuerza se me impone es: ¿Podemos ir más allá del nihilismo? o formulado de la forma intencionada que ahora me interesa: ¿Será posible una respuesta a la eterna pregunta por el ser en tanto que ser?, es decir ¿podemos seguir apostando por una Metafísica Perennis?

Hemos visto que Trias está en ese intento. Porfiadamente nos dice que el ser es línea y límite. Reflexionando sobre el límite como tal ¿saldremos de la zanja-trampa del nihilismo?.

¿O quizás tendremos que seguir indagando en ese misterioso ser tachado al que recurre Heidegger en sus últimos textos? Esta tachadura en cruz alude al cuadrante (*Geviert*) formado por cielo-tierra-dioses y hombres. Su intersección será el lugar dónde poder pensar poéticamente al ser. Para ello tendremos que volver a lo no-pensado por la metafísica, al lugar de donde proviene el pensamiento, a lo originario.

Heidegger quiere que Pensamiento y Poesía retornen al origen para construir desde él una casa para los dioses y habitaciones para los mortales. Allí el eterno aprendiz que es el filósofo deberá seguir haciendo la prueba del Decir del ser, que no es la expresión del pensamiento, sino su camino y su canto.<sup>8</sup>

La aventura intelectual de Heidegger concluye de manera enigmática, con la aparición de esas dos cimas que escalarán solo esos seres privilegiados, mitad divinos, mitad mortales, intermediarios, ángeles terribles o hermeneutas. Pero el resto de los mortales, sólo mortales, que no recibimos el Don del ser, (cuya gratuidad absoluta parece que el recoge de la tradición mística), quedamos desazonados.

### **El ser como luz y don o como dictado**

El ser ha caído en olvido, pero Heidegger empecinadamente quiere seguir intentando ponernos a la escucha de la "llamada del ser". Y parece que esa llamada él cree escucharla desde dos ámbitos diferentes: el de la luz y el de la tiniebla. La tentación y la atracción es fuerte desde esos dos lugares donde el ser mora. Por eso no puede dejar de explorar las dos vías de acceso al ser.

Para transitar por la primera vía busca un guía iniciático. Este es Hölderlin, "el poeta del poeta", aquel que ha indagado en las esencias y en el que encuentra que Poesía es la fundación del ser por la palabra. En ocasiones fuerza su pensamiento para encontrar en él similitudes con el suyo propio, así cree encontrar en el poeta un documento preontológico (en el sentido de *Ser y tiempo*) de lo que reflexiona el filósofo como "luminidad" (*Lichtung*), el horizonte luminoso del sentido del ser.

En ese lugar situado, que es el lugar que en otros textos llama "lo abierto", el ser se da, (se le da a Heidegger) es un don. Pero ese lugar, "lo entre", espacio-intersección entre dioses y hombres, es ahora un lugar deshabitado en los tiempos de escasez y necesidad de los que se lamentaba el poeta, un lugar despoblado de dioses. Los dioses han huido de los hombres, pero nos dejaron sus huellas. Los signos de esas huellas las detectan los poetas y las transforman en canto. El poeta es "el cantor del ser", nos dice el filósofo. ¿Por qué?, me pregunto, ¿por qué canta a los dioses?

Muchos intérpretes de Heidegger han hecho especial insistencia en su preocupación por el ámbito de lo sagrado. Sus trabajos y lecturas de San Agustín, la escolástica, Lutero o la tradición mística alemana y española han sido puestos de manifiesto por Otto Pöggeler o Beda Allemann<sup>9</sup> entre otros.

En la experiencia religiosa se ofrece la posibilidad al poeta, al intermediario entre dioses y hombres, de acceso al ser. Tal experiencia es

gratuita, es un don. Pero un don que quizás muy pocos hombres reciban (si nos atenemos a la tradición protestante de "los elegidos").

Transitando por esta primera vía, que es la que podríamos llamar "vía de la luz", ciertos mortales (filósofos y poetas) llegarán a penetrar con su mirada y su palabra en el ser.

Veamos ahora qué caminos nos ofrece la segunda vía, la "vía de la tiniebla". Utilizaré para transitarla el término alemán *Geschick*, que habitualmente se traduce por *destino*, pero que P. Ancochea traduce por *comisión*. El ser dicta y comanda y el hombre ha de ponerse a la disposición de tal dictado. Puede entenderse que tal "dictado" es un imperativo, pero en el sentido del "imperio y del dominio" y da lugar a una comisión. Es lo que Trías denomina con un hallazgo terminológico una *ontología comisarial*.

Razones no me faltan para apoyar esta interpretación triasiana. Indagando en los textos de Heidegger encuentro en *La superación de la metafísica*<sup>10</sup> palabras reveladoras. La metafísica es la fatalidad de occidente ya que no ha sabido responder a la pregunta por el ser y no conoce la diferencia entre ser y ente. La razón oculta de esa fatalidad es que el ser "no ha asumido aún su dominación incondicionada". Este vacío producido por el abandono lejos del ser llevará al hombre a toda suerte de desdichas, por ejemplo las guerras mundiales. Como no hay jerarquías (falta la del ser), hay ausencia de diferencias; la primera de ellas es la supresión de la diferencia entre guerra y paz, las cuales no tienen "sentido" ni "sustancia". Más allá de la guerra y la paz reina la errancia por el vacío dejado por el ser, que aún estando presente carece de poder propio. La errancia ignora la verdad del ser y para subsanarlo desarrolla en todos los territorios un mecanismo de seguridad, de "puesta en orden" (dirigismo político y cultural). Al faltar la jerarquía del ser hay uniformidad de todas las cosas. La uniformidad del ente trae consigo la uniformidad del cálculo traducible en "planes"; el hombre mismo queda uni-formado si quiere establecer un contacto con lo real actual. Para escapar al vacío dejado por el ser y la consiguiente ausencia de diferencias, el hombre encarnado en la voluntad de poder cree dominar las cosas organizándolas bajo el principio de la productividad técnica. La era de la *Gestell* es la organización de la penuria.

¿Cómo no ver en las palabras de este pensador incómodo pero rabiosamente actual una nostalgia de formas totalitarias de gobierno y una crítica de toda forma de igualitarismo democrático?. Lo importante no es saber exactamente cuantos años conservó el carnet del partido nazi, o si llegó a devolverlo, cuestiones en las que se demoran con una cierta regularidad y frecuencia los "preocupados" analistas del caso Heidegger, sino que lo que nos tiene que dar qué pensar es qué relación puede establecerse entre su pensamiento filosófico y sus posiciones políticas.

Esta es la cuestión, aquí sí valdría la pena que los preocupados se demorasen.

Contra lo que pensaba Hegel creo que se puede y se debe crear tribunales morales para juzgar a los genios. Especialmente contra ellos, aunque el concepto de genio tenga hoy para nosotros escaso sentido y fuese mejor sustituirlo por el de pensador que fue, es y seguirá siendo acicate para el pensar. Ellos sí son los verdaderos responsables.

El llamado "filósofo del siglo XX" nos dejó sumidos en las perplejidades y desazones de nuestra época, nos dejó en la encrucijada. De ella salen dos caminos: la vía de la luz o del "habitar pensante y poético" en cuyo seno el ser es donación, gracia, don del cielo; y la vía de la tiniebla o la del dictado del ser, cuando el ser haya asumido la dominación incondicionada. Transitando por la primera vía se alumbra el acontecimiento (Ereignis) de que ciertos hombres reciban el don del ser. Pero esta vía ¿los dejará sumidos en el quietismo, como a Agustín la *fruitio Dei* que tantas veces el propio Heidegger criticara? ¿fue esta la causa de su retiro extremo y su falta de respuesta a los horrores que el régimen hitleriano desencadenara?

La segunda vía también es una sugestión fallida porque si interpretamos el dictado del ser como una propuesta totalitaria, sus consecuencias son harto y dolorosamente padecidas. Si, por otra parte seguimos indagando en sus textos, el ser sigue siendo retiro protector y ocultación incluso en el último tramo de su aventura intelectual, luego parece condenarnos a que esta vía permanezca inexplorada. ¿Cómo conocer el dictado de ese ser que es misterio, y cómo entonces poder corresponder a su envío y cumplir así nuestro destino de época?

Julia Manzano  
Barcelona, mayo 1989

## Notas

1. MARTIN HEIDEGGER, *Holzwege*, Klostermann, 1950, Contiene entre otros ensayos: "Nietzsches Wort 'Gott ist tot'" (1943), Trad. esp.: Sendas perdidas, "La frase de Nietzsche 'Dios ha muerto', Losada, Buenos Aires, 1960.

2. En Heidegger aparece la idea de "salto" en múltiples ocasiones y siempre en relación con la pregunta por el origen (*Ursprung*, salto originario). Así en la *op. cit.* *Holzwege* que contiene también "Der Ursprung des Kunstwerkes" (1935-1936), Trad. esp.: Sendas pèedidas, "El origen de la obra de arte", Losada, B. Aires, 1960.

La cita del texto pertenece a *Identität und Differenz*, Neske, Pfulligen, 1957, contiene "Der Satz der Identität" (1957) Trad. esp. *Identidad y diferencia*, "El principio de identidad", Anthropos, Barcelona, 1988, p. 77. En el texto incluido también en *Identidad y diferencia* "Die Onto-Theo-Logische Verfassung der Metaphysik" (1956-1957), trad. esp. "La constitución onto-teo-lógica de la metafísica", se habla del "paso atrás".

3. *Ge-stell* en el habla común significa "armazón", "dispositivo", "chasis". Heidegger al poner un guión pretende atraer nuestra atención tanto sobre el prefijo "Ge", que tiene el sentido de conjunto o articulación, como sobre el significado del verbo "stellen", poner, colocar. Pedro Cerezo lo traduce por "com-ponenda", el conjunto de los modos del poner, para recoger el significado que tiene en castellano la componenda como injerencia. En la *Gestell*, figura de mundo de la modernidad, hay una mutua intromisión de hombre y ser. E. Trías lo traduce por "sis-tema", síntesis. La *Gestell* es historia consumada.

4. El término *Gelassenheit* es de controvertida traducción. El verbo *Lassen* significa dejar, ceder, soltar. Indica un movimiento que no tendría como sujeto la voluntad, esa dejación o dejadez sugiere parentescos o afinidades con la tradición de los iluminados. Aparece en sus reflexiones ontológicas sobre el arte, como es el caso de la interpretación del polémico concepto kantiano de la "contemplación desinteresada" del fruitor de la obra de arte, que no es un desinterés, como lo lee Nietzsche, sino un "dejar" que el ser se manifieste en todo su esplendor. Recientemente ha sido vertido al castellano por Y. Zimmermann por Serenidad. La conciencia lingüística del traductor es muy sensible a los usos heideggerianos del lenguaje, a su acuñación de nuevos términos que a veces reemplazan y otras conservan sus significados "comunes".

MARTIN HEIDEGGER, *Gelassenheit*, Neske, Pfullingen, 1959. Trad. esp. *Serenidad*, Ediciones del Serbal-Guitard, 45, Barcelona, 1989.

5. Heidegger reconoce su deuda con el texto de Ernst Jünger *El trabajador (Der Arbeiter)* al tratar la cuestión de la técnica. Cree que es un intento de describir el nihilismo europeo después de la segunda guerra mundial al pretender caracterizar la totalidad de lo real a partir de la figura del trabajador. Pero esta interpretación está bajo la óptica de la metafísica de Nietzsche de la voluntad de poder, de ahí su toma de distancia crítica con respecto a él.

6. Referencias a este tema las encontramos en la carta que lleva por título *Über "die Linie"*, (Acerca de, o en torno a "la línea") que Heidegger escribió a Ernest Jünger en 1955 como respuesta a su obra *Über die Linie*, "Más allá de la línea".

MARTIN HEIDEGGER, *Zur Seinsfrage*, Klostermann, Frankfurt 1956 (retomando de *Über die Linie*, 1955). Hay traducción al francés: *QUESTIONS*, I "Contribution à la question de l'être", Gallimard 1988.

7. Sugiero que nos pongamos a la escucha de la doble significación del término zanja: un primer sentido positivo, expeditivo, como en "zanjar una cuestión", poner fin a desacuerdos o discordias, resolver dificultades. También tiene un significado restrictivo, de alejamiento y/o separación porque una zanja indica un lugar abierto y excavado en la tierra, una trampa que cava el cazador y el guerrero dónde pretende que caigan sus víctimas y de donde no salgan.

8. Tema rilkeano es también el de la identificación del canto con el ser, así en el v. 7 del soneto III de los Sonetos a Orfeo. El divino Orfeo, el intermediario entre vivos y muertos o entre dioses y hombres es el que tiene la misión de celebrar. Esta es la esencia del canto, celebrar en el ámbito de lo sagrado.

9. OTTO PÖGGELER, *Der Denkweg Martin Heidegger*, Neske, Pfullingen (1963/1983), trad. esp.: *El camino del pensar de Martin Heidegger*, Alianza Universidad, Madrid, 1986.

BEDA ALLEMANN, *Hölderlin und Heidegger*, Atlantis Verlag, Zürich, 1954. Trad. esp. Hölderlin y Heidegger, Compañía general fabril editora, col. "los libros del mirasol", Buenos Aires, 1965.

10. MARTIN HEIDEGGER, *Vorträge und Aufsätze*, Neske, Pfullingen, 1954, contiene entre otros ensayos "Überwindung der Metaphysik" (1936-1946). Hay trad. al francés *Essais et conférences*, "Dépassement de la métaphysique", Gallimard, 1958, reeditada en 1988.